

Introducción

El libro de Ezequiel se inicia con la visión del «carro del Señor». En ella el profeta contempla una manifestación majestuosa de la gloria de Dios, que incluye la presencia de cuatro seres animados con apariencia humana. A cada uno de ellos le corresponden cuatro rostros y cuatro alas: «Los cuatro rostros tenían esta forma: a la derecha, rostro de hombre y de león; a la izquierda, los cuatro tenían rostro de toro y los cuatro tenían también rostro de águila» (1,10). Al final del siglo I de nuestra era, el vidente del Apocalipsis, contemplando a Dios en el trono de su gloria, menciona también a estos cuatro seres celestes: «El primer ser vivo se parece a un león, el segundo ser vivo se parece a un toro, el tercer ser vivo tiene el rostro como el de un hombre y el cuarto ser vivo se parece a un águila en vuelo» (Ap 4,7). La tradición cristiana, ya desde san Ireneo, consideró a estos cuatro seres una representación de los cuatro evangelistas como «imágenes de la actividad del Hijo de Dios» (*Adversus haereses* 3,11,8): «El primer ser viviente, dice [el escritor sagrado], se asemeja a un león», para caracterizar su actividad como dominador y rey; «el segundo es semejante a un becerro», para indicar su orientación sacerdotal y sacrificial; «el tercero tiene cara de hombre», para describir su manifestación al venir en su ser humano; «el

cuarto es semejante a un águila en vuelo”, signo del Espíritu que hace sobrevolar su gracia sobre la Iglesia» (*ibid.*).

Las palabras finales de la cita de san Ireneo están en el origen de que Juan apóstol, el hijo de Zebedeo, a quien el obispo de Lyon identificaba con el discípulo amado y por tanto con el autor del cuarto evangelio, aparezca representado en la tradición de la Iglesia con el signo del águila. San Gregorio Magno, por ejemplo, dirá: «Juan merece ser el águila (...), porque cuando dirige su mirada hacia la esencia misma de la divinidad hace lo mismo que el águila que fija sus ojos en el sol» (*Homiliae in Ezechielem prophetam* 1,4,1). La imagen quiere expresar la altura teológica del cuarto evangelio y justifica que a Juan se le haya dado el calificativo de «el teólogo».

Es innecesario recordar la importancia y el interés que tiene conocer mejor la obra de san Juan. El cuarto evangelio, como parte de la Sagrada Escritura, es Palabra de Dios siempre actual. Ahondar en este escrito no es otra cosa que querer poner los oídos más atentos a lo que Dios mismo nos quiere decir sobre el misterio de su Hijo Jesucristo. Pero si los evangelios son «el corazón de todas las Escrituras por ser el testimonio principal de la vida y doctrina de la Palabra hecha carne, nuestro Salvador» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 125; cf. *Dei Verbum*, n. 18), no es del todo aventurado afirmar que el Evangelio de Juan es como la cumbre de los cuatro evangelios a la que se asciende tras la lectura de los sinópticos. De hecho, Benedicto XVI, en la Exhortación Apostólica *Verbum Domini* se sirve precisamente del prólogo del cuarto evangelio como guía para presentar y profundizar los resultados del Sínodo, en cuanto «síntesis admirable de toda la fe cristiana» (n. 5).

Pero a Juan no solo se le atribuye un evangelio. Bajo su misma autoría se han transmitido tres cartas y un libro de carácter profético, el Apocalipsis. La tradición atestigua desde antiguo la autoría joánica de estos libros y a lo largo de la historia de la exégesis estas cinco obras, que pertenecen a tres géneros distintos (histórico, epistolar

y profético), se han tratado frecuentemente de manera conjunta. Sin embargo, el carácter heterogéneo que presentan podría sugerir que sería mejor estudiar cada una de ellas de forma independiente. En efecto, desde un punto de vista literario resulta problemático adscribirlas a un único autor y, además, algunos de los testimonios antiguos sobre la figura y obra de Juan no son muy claros. Muestra de ello es el hecho de que el Papa Benedicto XVI, en una de las catequesis dedicadas a Juan el hijo de Zebedeo, se haga eco de estas cuestiones y señale que los exegetas discuten la identificación del discípulo amado con Juan apóstol, dejando a ellos la tarea de aclararlo (*Audiencia*, 5 de julio de 2006). Por otra parte, el Apocalipsis difiere notablemente del evangelio y de las cartas, hasta el punto que la mayoría de los exegetas piensan que no pueden ser obras de un mismo autor.

No obstante, con independencia de la fiabilidad específica que se pueda dar a los testimonios concretos de tradición y de la posibilidad de su demostración histórica, y por encima de las peculiares características literarias de las cinco obras aquí estudiadas, lo que manifiesta su atribución a Juan por parte de la Iglesia es el carácter apostólico de estos libros. Más allá de los detalles concretos sobre la materialidad de la composición de cada uno de ellos y el proceso de producción que pudieron seguir, el corpus joánico es un testimonio de la predicación apostólica. Los libros que lo componen se remontan a un testigo de la vida, muerte y resurrección de Jesús, que ofrece su testimonio con la ayuda de discípulos y colaboradores, bajo la guía del Espíritu Santo. Son libros inspirados, normativos para la Iglesia, en los que Ella reconoce el testimonio de Jesús y sobre Jesús transmitido por los apóstoles. Esto es lo que significa que Juan es su autor y lo que justifica que, a pesar de sus diferencias, aquí se traten estos libros conjuntamente.

La presente obra tiene como finalidad ofrecer una breve panorámica del Cuarto Evangelio, las Cartas y el Apocalipsis a un pú-

blico no especializado. Su origen se remonta a un curso de verano dirigido a universitarios interesados en profundizar en los fundamentos de la fe cristiana. Los trece capítulos que componen el libro han sido redactados como acompañamiento de las exposiciones orales.

El bloque más extenso del curso está dedicado al cuarto evangelio, aunque en una primera lección se ha querido presentar una breve descripción de algunas circunstancias históricas en las que se puede enmarcar el corpus joánico (cap. 1). En cuanto que la revelación es histórica, el conocimiento del contexto en que fueron compuestos es necesario para comprender mejor lo que los autores quisieron escribir.

Los nueve capítulos dedicados al cuarto evangelio pretenden servir de introducción a su lectura, de forma que un lector del Nuevo Testamento se familiarice más con esta obra y pueda percibir con más hondura sus riquezas. El punto de partida es el dato de la tradición que desde el siglo II ha transmitido este libro como testimonio del discípulo amado y lo ha recibido como parte del canon de libros inspirados y, por tanto, con carácter autoritativo en lo que respecta a la fe y la vida cristianas (cap. 2). Pero el Evangelio de Juan se ha transmitido con otros tres más. Por eso, conviene detenerse en las peculiaridades del testimonio del cuarto evangelio con respecto a los otros evangelios canónicos. Con este fin se hace una breve descripción de sus principales rasgos formales y se muestran las diferencias y semejanzas existentes entre el cuarto evangelio y los sinópticos (cap. 3). A la luz de esta información se está en condiciones de entender con más claridad el género literario de los evangelios y del Evangelio de Juan en particular, en la medida que es semejante y a la vez distinto de los sinópticos (cap. 4). Tras las cuestiones introductorias las cuatro lecciones siguientes quieren ser un complemento a la lectura del texto y una profundización en su contenido. Según la tradicional división del relato en dos grandes

partes, el «libro de los signos» y el «libro de la gloria», en un primer momento se repasan brevemente los signos de la primera parte del evangelio, en cuanto que dan pie a confirmar la autoridad de las palabras de Jesús (de su condición mesiánica y su divinidad) y deben conducir a la fe en él (cap. 5). A continuación se hace una breve panorámica de los discursos y diálogos de Jesús que acompañan y complementan a los signos, y que son reveladores del ser y la misión de Cristo (cap. 6). Tal como sucede en los sinópticos, proporcionalmente, el peso cuantitativo del relato evangélico de Juan recae sobre la pasión de Jesús. En el caso del cuarto evangelio la pasión supone la glorificación y exaltación de Jesús, en su retorno al Padre. Es el gran signo anticipado por los otros que Cristo realiza. Estas ideas se exponen en la siguiente lección al hilo del relato que Juan hace de las últimas horas de Jesús (cap. 7). Una vez familiarizado con los contenidos, el lector está en condiciones de entender mejor la finalidad que tuvo san Juan al escribir su obra mediante la explicitación de la estructura interna del relato (cap. 8). Como complemento, las dos lecciones siguientes tienen un carácter más sistemático. La primera de ellas se centra en la persona de Jesús y en concreto en lo que el evangelio nos dice de su identidad (cap. 9). La segunda es más bien una breve síntesis de algunos de los aspectos teológicos más relevantes que trasmite el evangelista (cap. 10).

Finalizado el estudio del evangelio, se dedica una lección a las Cartas de Juan. Son escritos que presentan diferencias y semejanzas entre sí y con el cuarto evangelio, y que la tradición también atribuye a Juan apóstol (cap. 11). Constituyen un elemento importante para conocer la situación de la comunidad joánica y entender mejor el evangelio a la luz de lo que se dice en ellos.

Las dos lecciones últimas están dedicadas al Apocalipsis. La primera sitúa este libro en el conjunto de la literatura apocalíptica, a la vez que expone los rasgos formales que distinguen al Apocalipsis de la literatura apocalíptica de su tiempo (cap. 12). La última

lección se centra en el libro. Explica de manera sucinta el contenido del libro y ofrece las principales claves de lectura para una comprensión actual del último libro de la Biblia (cap. 13).

Agradezco a los profesores Vicente Balaguer, Pablo M.^a Edo (Facultad de Teología, Universidad de Navarra), Bernardo Estrada, Marco V. Fabbri, Eusebio González (Facultad de Teología, Pontificia Università della Santa Croce, Roma) y Eulalio Fiestas Lê-Ngoc (Valencia) la gentileza que han tenido para colaborar en este curso y preparar un texto para su publicación. Deseo dar las gracias de manera especial al Dr. Eulalio Fiestas por la ayuda prestada en la edición del volumen.

* * *

Señala el Concilio Vaticano II que en los libros del Nuevo Testamento «según la sabia disposición de Dios, se confirma todo lo que se refiere a Cristo Señor, se declara más y más su genuina doctrina, se manifiesta el poder salvador de la obra divina de Cristo, se cuentan los principios de la Iglesia y su admirable difusión, y se anuncia su gloriosa consumación» (*Dei Verbum*, n. 20). Con esta publicación se desea que el mayor conocimiento de los cinco libros aquí estudiados contribuya a profundizar en el misterio de Cristo, conforme a los diferentes aspectos que cada uno de ellos resalta. El libro responde de algún modo a los deseos de Benedicto XVI, quien en su Exhortación Apostólica postsinodal sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, escribe: «Que aquel que “vio y creyó” (Jn 20,8) nos ayude también a nosotros a reclinar nuestra cabeza sobre el pecho de Cristo (cf. Jn 13,25), del que brotaron sangre y agua (cf. Jn 19,34), símbolo de los sacramentos de la Iglesia. Siguiendo el ejemplo del apóstol Juan y de otros autores inspirados, dejémonos guiar por el Espíritu Santo para *amar cada vez más la Palabra de Dios*» (*Verbum Domini*, n. 5).

JUAN CHAPA